

(explícita en no pocos discursos) del pensamiento del fundador de Falange Española, José Antonio Primo de Rivera, hecho este que le colocará ocasionalmente muy cerca del presidente bolivariano Hugo Banzer y de la Falange Socialista Boliviana. El segundo rasgo de Patria y Libertad es su resuelta apelación a la vía democrática y al marco constitucional dentro del que dirigir su acción para impedir la deriva hacia un régimen marxista no difícil de adivinar tras proyectos como la mencionada reforma educativa. Sólo en 1973 se puede admitir una discrepancia ideológica entre Pablo Rodríguez y el “resucitado” Roberto Thieme, apostando este último por la vía del sabotaje y la acción terrorista.

Con esas características, transversalismo ideológico y respeto al marco constitucional, se puede explicar que Patria y Libertad no apoyase explícitamente a ninguno de los partidos políticos opositores –a los que con frecuencia se refería como la vieja

política– y que, en cambio, fuese cobrando protagonismo en los medios de comunicación y discursos oficiales (en forma de acusación) de los representantes políticos.

La obra finaliza con el regreso de Pablo Rodríguez de su exilio en Ecuador para respaldar el golpe de Estado del 11 de Septiembre de 1973 sin analizar ni la evolución ideológica de los gobierno de Pinochet hacia las políticas económicas de la Escuela de Chicago ni los crímenes del gobierno militar. Todo apunta a una futura obra.

Aunque la obra es de por sí extensa y exhaustiva, alguna ubicación panorámica de Chile en el gran tablero mundial de la Guerra Fría ayudaría al lector a entender el temor de parte de la sociedad chilena a la instauración de un régimen marxista similar a los que en esos mismos años se imponían en Asia, África e Hispanoamérica.

JOSÉ MANUEL CANSINO

Juan FERNÁNDEZ-MIRANDA, **El guionista de la Transición. Torcuato Fernández-Miranda, el profesor del Rey**, Barcelona: Plaza&Janés, 2015, 384 p., ISBN: 9788401015571

Alguien podría pensar que el olvido que se ha registrado hasta la fecha en relación con la obra y méritos de Torcuato Fernández-Miranda ha tenido algún eco clásico: el de los héroes que, nada más cumplir su hercúlea tarea, sucumbieron al abandono de sus contemporáneos. Causa estupor, no obstante, que el común de los españoles, muy en especial quienes nacieron

en democracia, desconozcan la ejecutoria de aquel con un indiscutible blasón: su fotografía, años después de su muerte seguía siendo la única no familiar en el despacho regio del anterior titular de la corona de España. Torcuato Fernández-Miranda fue el hombre que dio con la fórmula para instaurar la democracia sin saltos al vacío legales, transitando “de la ley a

la ley” desde el franquismo huérfano de Franco. Catedrático de Derecho Político y preceptor del anteriormente Príncipe de España, es el epítome de cuanto ha significado la falaz y sectaria Ley de Memoria Histórica y, sobre todo, lo que representan sus animadores. Fernández-Miranda pudo ser perfectamente descalificado por estos esgrimiendo el descalificativo de “franquista”. Y hubieran aplicado sin duda la miserable carta de las medias verdades que desempolvan quienes se dan el gusto de mentir por partida doble. Pero no hizo falta. La propia personalidad esteparia del protagonista, proyectada en cierta incapacidad para armar equipos (o, al menos, para mantenerlos unidos a lo largo del tiempo), y la singular y reservada naturaleza de su gran objetivo político (asegurar la conciliación nacional a través de la transformación democrática de la corona legada por Franco) ya lo habían decidido. El hombre de confianza de Don Juan Carlos de Borbón estaba preconizado a ser el presidente del primer Gobierno de la Monarquía desde el tardofranquismo y aun en la difícil y previsible tesitura de que Carrero no hubiera desaparecido de la escena merced a un entonces impensable atentado terrorista. Y este era un arcano al acceso de muy pocos, poquísimos. Muy probablemente a su costa, hoy muchos deforman la figura de Adolfo Suárez magnificando méritos más allá de los colosales de comandar, como cara visible, la Reforma Política. Y a despecho de quienes desvelan la Transición como un pro-

ceso diseñado por la CIA o en las altas esferas del Ejército, lo cierto es que ni siquiera los estadounidenses sospechaban el papel crucial de quien era el más próximo consejero del sucesor de Franco “a título de Rey”. La expresión de “timonel de la reforma” fue forjada por Pilar Urbano, probablemente entonces mejor informada de las cosas de la política, cuando ya era difícil disimular la mano que empuñaba la manija de los acontecimientos.

Además, el súbito apeo del “guiónista de la Transición” de la escena política, definitivo a raíz de su fallecimiento por infarto de miocardio en Londres, hicieron el resto.

De cualquier modo, resulta casi inaudito que el verdadero Cánovas de una segunda Restauración no hubiera merecido ningún estudio biográfico hasta la fecha. El hoy absolutamente ineludible estudio *Lo que el Rey me ha pedido* (Plaza&Janés, 1995), aunque magistral, se centra esencialmente en su labor en la preparación, impulso y aprobación de la Ley para la Reforma Política. El único bosquejo biográfico, el *Torcuato Fernández-Miranda. Agonía de un Estado* (Planeta, 1986), de José Luis Alcocer, chirriaba por parcial en lo cronológico, deslavazado en la ordenación y, sobre todo, por hagiográfico. Ni siquiera el mejor bosquejo interpretativo del personaje, el que un adversario como Raúl Morodo le dedicaba en sus *Cabos sueltos* (2001) nos podía servir. Probablemente elevaba a categoría el dibujo, pero lo cierto es que no se detenía en los episodios decisivos de su vida.

Quizá ese último haya sido el único texto de relieve al que no haya acudido Juan Fernández-Miranda, sobrino-nieto del biografiado al que el parentesco no ha nublado el ánimo de rigor y objetividad. El autor traza una biografía redactada con pulso y amenidad narrativa. No renuncia a su admiración por el sujeto de su estudio, pero tampoco rehúye los aspectos delicados de su labor, si bien decide abordarlos con elegancia y escatimando lo que puede afejar innecesariamente la transición democrática, uno de los sucesos clave de nuestra historia contemporánea y, al decir de uno de los más estrechos colaboradores de Torcuato Fernández-Miranda, el logro colectivo más relevante del pueblo español desde las Cortes de Cádiz.

Juan Fernández-Miranda aborda con brillantez, por tanto, la biografía de quien fue incontestable autor de la Ley para la Reforma Política que condujo al país del autoritarismo a la monarquía parlamentaria. Lo hace con pulso periodístico y abstrayendo la categoría de cada momento importante de una vida que fue cimentada en torno a la cátedra y a la vocación política. Salvo a los documentos personales del finado -no se sabe bien por qué extraños motivos excluidos de su investigación; evidentemente, no por voluntad propia-, ha accedido a las fuentes más relevantes. Incluye así las personales, como el testimonio de la propia viuda, Carmen Lozana, discípulos universitarios, colaboradores e, incluso, taquígrafo y secretario

personal. Construye, en definitiva, un relato imprescindible para quienes deseen saber el origen de nuestra vigente democracia y, lo que es aún más meritorio, lo articula de forma inteligible para quienes, no siendo especialistas de lo que debería ser materia formativa obligatoria -esto es, lamentablemente para una mayoría de los españoles-, desconocen cuanto tuvo aquella época de incertidumbres y, sobre todo, de esperanzas.

La primera parte de la monografía se dedica al amplio periodo 1915-1973, pero no arranca con la infancia del biografiado, sino con los luctuosos sucesos del magnicidio de Carro Blanco y la efímera presidencia -apenas dieciséis días- de Fernández-Miranda. Tiene sentido, por la capacidad de enganche que supone para el lector; también porque fija la difícil navegación entre dos aguas del personaje, amén de constatar un hecho: el deseo de democratización existía en el tardofranquismo, por más que solo se hiciera factible en los albores de la Monarquía. Son esos días aquellos en los que Fernández-Miranda ofrece pruebas palpables de su calidad como hombre de Estado. Lo que quizá no quede suficientemente claro en estos pasajes es la particular relación que establece con el almirante, "su principal valedor dentro del franquismo" (página 39).

Torcuato Fernández-Miranda y Hevia vino al mundo el 10 de noviembre de 1915 en Gijón. De familia católica y conservadora, estudia Derecho en Oviedo, donde asiste,

compungido, al incendio de la Universidad de Oviedo durante la Revolución del 34. Allí conoce también la figura y el pensamiento de José Antonio Primo de Rivera. Sin duda le marcará profundamente, si bien declinará militar activamente en Falange, un aspecto que a nuestro juicio no queda suficientemente aclarado en el libro (Gonzalo Fernández de la Mora le tildará en sus memorias de “falangista de alcurnia” y antiguos estudiantes describirán su rectorado como más próximo al SEU que a los grupos confesionales).

Juan Fernández-Miranda, sin embargo, fija con claridad meridiana el impacto que para el político tienen los meses refugiado en una buhardilla del Oviedo frentepopulista y revolucionario, así como su posterior incorporación al frente. Una circunstancia esta última, la de oficial provisional en el conflicto, en la que quizá no se haya reparado tanto como se merece.

El autor aborda con maestría los inicios de la carrera universitaria del biografiado, así como los avatares de su enlace matrimonial. Significativamente recalca en su paso por el Centro de Estudios Universitarios (CEU), donde es casi seguro que se afianza su alergia hacia los grupos políticos confesionales, que, a su vez, desconfían de su independencia y espíritu “orteguiano” (precisamente aquello que, años antes, había enajenado a José Antonio Primo de Rivera de los políticos autodenominados “católicos”).

Crucial se revela su elección con 36 años como Rector en Oviedo, por

decisión del aperturista ministro de Educación Nacional, Joaquín Ruiz-Giménez. El rectorado le habilita como procurador en Cortes, por lo que significó también el principio de una fulgurante carrera política. Tras ser director general de Enseñanza Media, se convierte en director general de Enseñanza Universitaria, un cargo que sella su futuro al suponerle la encomienda del diseño del plan de estudios superiores del Príncipe Juan Carlos. En último término, lo coloca como preceptor y principal consejero político del -una década después- “sucesor [de Franco] a título de Rey”. Esta circunstancia más o menos fortuita le situará en una atalaya privilegiada que, como bien recuerda Juan Fernández-Miranda, le permite despejarle al Príncipe de España sus escrúpulos de conciencia a la hora de jurar, en julio de 1969, las Leyes Fundamentales y Principios del Movimiento Nacional.

Cuestión axial en el libro resulta la de las asociaciones políticas, que, pese a que está bien orientada, aun sigue requiriendo un estudio monográfico en profundidad porque la equivocidad de Fernández-Miranda al respecto, que causó la indignación abierta de Fraga, tenía muchas más claves de las que se barajan. Así, por ejemplo, su renuncia a dimitir tras el fracaso asociacionista no solo se explica por el deseo de permanecer en los puestos del poder, sino también en el escrúpulo a dimitirle a Franco, a quien paradójicamente su ministro, como antiguo alférez

provisional, había interiorizado la lealtad. De cualquier modo, quizá el trance asociativo constituya el prurito de lo único relevante que muy probablemente no dibuje este libro con el adecuado matiz: la evolución ideológica completa del personaje biografiado. Frente a la admiración por el sistema parlamentario británico, la incontestable independencia de criterio y el no muy tardío convencimiento de la necesidad de los partidos políticos en un futuro que apunta el autor, parece más preciso el diagnóstico del citado Morodo, que habló de la evolución ideológica desde “la radicalidad teológico-política, primero; más tarde, mistificadora y, por último, de reformismo operativo”. Y es que desde una agustiniana y schmittiana teología de la historia Torcuato Fernández-Miranda evolucionará hacia un “franquismo instrumental y monarquismo encubierto” para convertirse en “un monarquista juancarlista activo que, desde una interpretación flexible de la legalidad totalitaria (sic), le permitirá asentar bases para la pretransición democrática”. De cualquier modo y como señala el agudo comentarista, no hay en Fernández-Miranda ni una abjuración expresa del “falangismo misionero” de sus inicios ni una declaración entusiasta del demócrata final en que derivó sin ninguna duda. Todo ello, pese a todo, es compatible con la tesis básica del libro: el convencimiento de que solo la Corona elegida por Franco, y mediante un proceso reformista y evolutivo, podía consagrar la

reconciliación de los españoles en un sistema convergente con el de la Europa occidental.

Otro aspecto que no aborda suficientemente la biografía, pero que quizá exceda los objetivos de la misma, es el del peculiar y difícil encaje del protagonista en un gobierno, el de Carrero, identificado con la denominada “tecnocracia”. Debe afirmarse que aunque su cautela estratégica -quizá, junto a la nula tendencia a la nostalgia, el rasgo más sobresaliente de su perfil político- pudiera desmentirlo, Fernández-Miranda era partidario de abordar el desarrollo político, si bien en el poco menos que impracticable terreno del carrerismo. Lo certifica su apuesta, una de las más arrojadas, por el número dos de su equipo, un Ortí Bordás procedente del reformismo “azul” y abiertamente enfrentado al omnímodo almirante y a su eminencia gris López-Rodó. La sintonía de Ortí con Fraga demuestra precisamente los reservados propósitos del asturiano y el hecho de que la falta de afinidad entre este último y el gallego se debiera más a una cuestión de carácter y, en último término, a la ambición de ambos por desempeñar idéntico papel señero en la historia de España.

De lo que hoy no puede caber duda, y así lo deja claro Juan Fernández-Miranda, es de que su tío-abuelo comprendió finalmente que implantar un sistema representativo, compatible con la situación real del país, solo sería realizable a la muerte de Franco. La sucesión sería, necesariamente,

previa a la reforma, que es el asunto del que se encarga la segunda parte del libro. En esta lo cierto es que el biógrafo brilla en muchos momentos por su asimilación de la amplia bibliografía existente, tono ponderado e, incluso, intuición interpretativa. De este modo, sugiere, a despecho de gran parte de la historiografía dominante, que la elección de Suárez como presidente fue originariamente de Torcuato y no del monarca, al que su principal consejero hubo de convencer; atribuye a Fraga auténticos propósitos democratizadores y explica con precisión los motivos de su fracaso en el primer Gobierno de la Monarquía (aunque bien es cierto que no repara en el propio boicot desplegado

por algunos compañeros de gabinete y seguramente desde la presidencia de las Cortes). Además, llega a revelar detalles inéditos, como el hecho de que la esposa de Fernández-Miranda fuera la mecanógrafa del primitivo texto de la Ley de Reforma Política.

En definitiva, estamos ante una biografía imprescindible, probablemente llamada a convertirse en la canónica en tanto no se desempolven los manuscritos del archivo personal del biografiado. Fernández-Miranda requería una monografía de masiva difusión como esta, confeccionada desde la admiración, el reconocimiento y el rigor.

ÁLVARO DE DIEGO